

**Población,  
Migración y Empleo  
en el Ecuador**

**ANTOLOGIA  
DE LAS  
CIENCIAS SOCIALES**

**POBLACION,  
MIGRACION Y  
EMPLEO EN EL  
ECUADOR**

**César Cisneros  
David A. Preston  
Hernán Ibarra  
Luciano Martínez V.  
Carola Lentz  
Simón Pachano  
Manuel Cririboga  
Juan León Velasco  
José Gordillo Montalvo  
Gilda Farrell  
Ma. Mercedes Placencia  
Amalia Mauro  
Mario Unda**

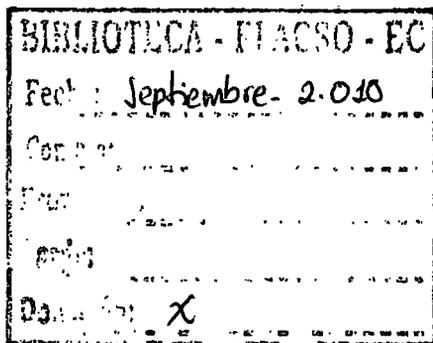


NB: 314

304.6

P75po

La Serie Antología de las Ciencias Sociales ha sido coordinada técnica y editorialmente por Santiago Escobar.



Es una publicación del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales, ILDIS.

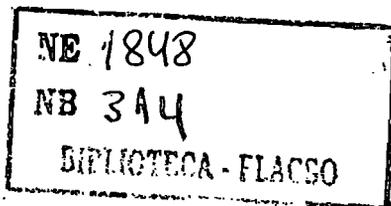
© ILDIS, 1988

Edición:  
Santiago Escobar

Fotocomposición y diseño:  
Grupo Esquina editores-diseñadores, S.A.

Secretaría:  
Enna Arboleda

ILDIS, Av. Colón 1346, Telf.: 562-103, Casilla Postal 367-A  
Quito, Ecuador.



Las opiniones vertidas en este libro son de exclusiva responsabilidad del o los autores y, por lo tanto, no representan el criterio institucional del ILDIS sobre el tema.

## CONTENIDO

<b>Presentación</b> .....	9
<b>SECCION I</b>	
<b>Los estudios sobre migración, población y empleo en el Ecuador</b> .....	11
<b>SECCION II</b>	
<b>Antología de textos sobre migración, población y empleo</b> .....	39
Demografía y estadística indigenista	
César Cisneros .....	41
Emigración rural y desarrollo agrícola en la sierra ecuatoriana (Estudio de caso Guamote, Provincia de Chimborazo-1976)	
David A. Preston .....	73
Concertaje, jornaleo y haciendas (1850-1920),	
Hernán Ibarra .....	103
Migración y cambios en las estrategias familiares de las comunidades indígenas de la sierra,	
Luciano Martínez V. ....	147
Los "Pilamungas" en San Carlos	
Carola Lentz .....	167
Campesinado y migración: Algunas notas sobre el caso Ecuatoriano	
Simón Pachano .....	197

<b>Campesinado andino y estrategias de empleo: el caso Salcedo</b>	
<b>Manuel Chiriboga</b> .....	<b>225</b>
<b>Las Migraciones internas en el Ecuador una aproximación geográfica</b>	
<b>Juan León Velasco</b> .....	<b>243</b>
<b>Estudio crítico del denominado “subempleo” en el Ecuador</b>	
<b>José Gordillo Montalvo</b> .....	<b>267</b>
<b>Migración campesina y mercado de trabajo urbano</b>	
<b>Gilda Farrell</b> .....	<b>287</b>
<b>El sector informal urbano. Notas acerca de su génesis y funcionamiento</b>	
<b>Ma. Mercedes Placencia</b> .....	<b>305</b>
<b>Las migraciones temporales de los obreros de la construcción en Quito.</b>	
<b>Amalia Mauro, Mario Unda</b> .....	<b>319</b>
<b>SECCION III</b>	
<b>Bibliografía</b> .....	<b>343</b>

## **SECCION II**

### **Antología de textos sobre migración, población y empleo**

# **Migración campesina y mercado de trabajo urbano**

**Gilda Farrell**

Estudio realizado en el Instituto de Estudios Ecuatorianos, Quito.

## El mercado de trabajo urbano

Tradicionalmente se ha definido al mercado de trabajo como el lugar donde se vende la fuerza de trabajo y, en este sentido, se hace referencia al sector capitalista de la economía y a relaciones y condiciones específicas de la mano de obra. Dentro de esta perspectiva se entiende también que los trabajadores que integran dicho mercado pueden o no estar efectivamente incorporados al sector; en caso que no lo estuvieren, podrían ser desempleados u ocupados en otros sectores, pero teniendo en común el hecho de constituir una oferta de fuerza de trabajo inmediatamente disponible en las condiciones existentes (nivel salarial, sobre todo), para responder a la demanda capitalista.<sup>1</sup> Esta conceptualización se refiere a un proceso ya dado de convocatoria de fuerza de trabajo por parte del sector capitalista y por tanto a una disponibilidad que no requiere cambios estructurales adicionales. A este respecto se hace relación a los llamados “trabajadores libres”, como entendidos clásicamente.

Sin embargo, en países como el nuestro donde el desarrollo no ha significado necesariamente la destrucción de otros modos de producción, sino más bien una convivencia de los mismos, componiendo un mosaico que se ha denominado como heterogeneidad estructural, las formas de convocatoria y de integración de la fuerza de trabajo al mercado capitalista adquieren también un carácter complejo.

El trabajador libre en sentido estricto, tomado como actor individual, no responde a la figura de trabajador que comúnmente se va reconociendo y perfilando. Por una parte, los trabajadores que se presentan en

---

1. Cf. Marshall (1978).

el mercado como oferentes de su fuerza de trabajo lo hacen normalmente dentro de una verdadera “estrategia” familiar de reproducción. Como consecuencia del bajo valor atribuido al trabajo humano, los núcleos familiares organizan sus recursos para lograr conformar el fondo de consumo necesario. Esto implica, la inserción —de los distintos miembros— en actividades diversas, ocupando espacios en una estructura heterogénea y segmentada. Por otra, el trabajador libre, cuando no es absorbido por la demanda capitalista —convirtiéndose en excedentario respecto a las necesidades de producción— recrea, con pocos recursos, vínculos con los medios de producción y se transforma en trabajador por cuenta propia o “informal”.

El paso de trabajador libre excedentario a cuenta propista, o al contrario, de cuenta propista a asalariado en la trayectoria ocupacional, es una práctica extendida entre la fuerza de trabajo urbana que pone de manifiesto el nivel de complejidad que asume la categoría “mercado de trabajo”. La demanda capitalista genera una “tensión” continua con lo que podríamos denominar como sectores de sobrevivencia, no sólo con aquellos calificados como tradicionales sino con los que se crean a la par de la modernización, como consecuencia del carácter restringido que tiene la misma.

Dos aspectos caracterizan pues la inserción de la fuerza de trabajo en el mercado urbano: el vínculo a una estrategia familiar y el tránsito intersectorial: condiciones indispensables para su reproducción en economías precozmente oligopólicas, donde la condición de “excedentaria” afecta a una proporción notoria de la población y, donde ciertos espacios económicos no son ocupados por el gran capital (por su escasa rentabilidad, por la restricción y particularidad de la demanda, etc.).

La evolución de la demanda proveniente del sector moderno muestra que ni siquiera en las épocas de auge, cuando la capacidad instalada es usada a sus máximos niveles, absorbe productivamente la totalidad de la oferta explícita, por lo que el “excedente” asume un carácter estructural. Este excedente (que oscila alrededor del 40% de la población económicamente activa urbana), por las condiciones en que se genera no juega necesariamente el papel clásico de “reserva”. La posibilidad de ocupar aquellos espacios no absorbidos por el capital oligopólico, a los que hacíamos

mención, le confiere una cualidad distinta dentro del juego de resistencias y funcionalidades propio del proceso de acumulación.

La funcionalidad respecto a la comprensión del salario se manifiesta no sólo por su presencia competitiva, sino por el valor que auto-atribuye a su trabajo al realizar actividades por cuenta propia. Este valor, generalmente más bajo que los salarios oficiales y obreros, se explica en función de las condiciones en que se autogeneran los puestos de trabajo y por la contribución activa del núcleo familiar. Al percibir remuneraciones, el excedente de fuerza de trabajo, se convierte en un referente para la fijación del salario del sector moderno, especialmente en aquellos estratos de trabajadores menos calificados. Los otros, con mayor nivel de calificación —que constituyen simbólicamente la cúspide del triángulo representativo de la estructura del mercado de trabajo— no se ven afectados ni por la “presencia” ni por el valor que el excedente se atribuye.

Además, al desarrollar actividades —especialmente en la producción— el excedente de fuerza de trabajo pasa a tener un rol en la conformación del precio de los bienes. El diferencial negativo de productividad por ocupado, que exhiben frente al sector moderno, hace sí que su producto sea más caro en horas/hombre, lo que favorece —en términos de ganancia— a las empresas oligopólicas que producen en las mismas ramas.

La resistencia se manifiesta cuando el excedente alcanza a asumir su propia reproducción sin depender del trabajo asalariado y, en consecuencia, a preferir el trabajo por cuenta propia.

Estas cortas e inacabadas reflexiones descubren que la categoría “mercado de trabajo”, como otras categorías económicas es un espacio dialéctico de encuentro de grupos, de clases y de tensiones históricamente generadas, que van esbozando su perfil específico en el conflicto acumulación/necesidades de reproducción. En este sentido, inclusive la función de “reserva” se torna compleja, por lo que ciertas conceptualizaciones como la de oferta potencial, entendida como reserva de fuerza de trabajo para el sector capitalista, y atribuida a los trabajadores cuya movilización exigiría cambios estructurales previos<sup>2</sup> como la destrucción de puestos en el sector de sobrevivencia, merecen ser revisadas a la luz del proceso de

---

2. Cf. Marshall (1978).

movilidad y de cambio de condición que experimenta continuamente la fuerza de trabajo.

Algunas aproximaciones se han realizado a la descripción y análisis del perfil que el mercado de trabajo va adquiriendo. El esfuerzo de síntesis de una estructura tan compleja ha exigido el tener que aislar los elementos determinantes. En este caso se trata de procesos, y específicamente de la formación de la demanda capitalista de fuerza de trabajo y de la respuesta de la oferta.

La demanda de los núcleos capitalistas de la economía se vincula a la racionalidad propia que los anima. Racional en cuanto a la acumulación, que busca maximizar los beneficios y minimizar los costos. Esta se enfrenta —especialmente en el campo tecnológico— a una rigidez de patrones e insumos, por lo que busca implementar sistemas de flexibilización en el uso de aquellos inputs que, por sus propias características presentan esta condición; la misma es ofrecida sobre todo por la fuerza de trabajo que, a diferencia de otros factores de producción, posee una cualidad especial que ha sido denominada como “movilidad”. En esta cualidad, que se entiende como la capacidad de adaptación a las exigencias del capital, tanto desde el punto de vista de su ubicación espacial como de las condiciones de trabajo, se basa el proceso de generación de la demanda. Para minimizar los costos se “atomiza” la misma, diversificando las exigencias de calificación y las formas de contratación (duración, salario, etc.). Este proceso conduce a la formación de tantos segmentos de demanda cuantas sean las posibilidades de desagregación de la misma. La combinación, al interior de las unidades productivas, de distintos tipos de trabajo, permite la disminución del monto necesario de capital variable. Si por cada modalidad de demanda se encuentra una faja de trabajadores dispuesta a responder a las condiciones requeridas, se conformarán los llamados submercados o segmentos del mercado de trabajo.<sup>3</sup>

De lo señalado se deduce que una unidad productiva podrá ser identificada con un segmento o con varios a la vez.

Esta segmentación de la demanda, propia de la racionalidad capitalista, se ve agudizada en casos de estructuras heterogéneas de producción, donde asume un carácter aún más grave, que se podría calificar como

---

3. Cf. Fadda (1982).

“segmentación por oficios” y que determina que los trabajadores de una misma rama se encuentran obligados a aceptar condiciones de contratación, poder de negociación, capacidad real de organización, etc., muy diferentes.

En relación a lo que anteriormente señalamos, la demanda proveniente del área moderna de la economía, no sólo es restringida respecto a la oferta de trabajadores, sino que además genera un proceso de fragmentación del mercado, dando lugar a la formación de núcleos de trabajadores que no son directamente competitivos entre sí. Por añadidura, la mano de obra calificada pasa a ser parte de lo que se ha llamado mercado “interno” de contratación de las empresas<sup>4</sup> donde los mecanismos de ascenso en la calificación están limitados a las estrictas exigencias de la división del trabajo y, como recordado, a la tendencia a minimizar los costos.

La modernización capitalista produce pues dos efectos en el mercado de trabajo. Uno, la generación de un “excedente” de fuerza de trabajo que pasa a ocuparse en actividades auto-generadas, en los espacios económicos que no interesan al capital oligopólico; otro, la estratificación de la mano de obra ocupada según los requerimientos de la división del trabajo y del ahorro de capital variable.

¿Cómo reacciona la oferta de trabajadores a este proceso?

Hicimos alusión anteriormente a la constitución de la oferta como parte de una estrategia familiar. Estrategia que tiende al logro de un fondo de consumo suficiente para la reproducción a través de la mayor diversificación de actividades posible. Una parte del núcleo familiar se constituye en oferta explícita de trabajo, mientras otros hacen parte de aquella oferta implícita, cuyas labores se confunden muchas veces con el trabajo doméstico, pero que en general se trata de actividades productivas o —por lo menos— indispensables al funcionamiento de la actividad principal del jefe de familia.

Por otro lado, la oferta de trabajadores asume la movilidad ocupacional como parte de su estrategia de reproducción. Así, antes de transitar al desempleo abierto, la fuerza de trabajo urbana ocupa espacios auto-creados, en general de subempleo.

---

4. Cf. Tavares y Souza (1980).

Las dos modalidades de respuesta: adecuación del recurso mayormente disponible —la mano de obra familiar— y la ocupación de espacios no interesantes al gran capital permiten la reproducción de la fuerza de trabajo en mercados segmentados y con una alta proporción de trabajadores excedentarios respecto a los requerimientos de producción.

Sin embargo, dentro de las estrategias de reproducción es indispensable distinguir aquellas que rebasan el plano estrictamente urbano y que son implementadas por una parte de trabajadores que se constituyen como oferta en la ciudad pero continúan —al mismo tiempo— vinculados a formas campesinas. Es a este tipo de fuerza de trabajo y a su inserción que queremos referirnos específicamente en el marco de este estudio y en el contexto que acabamos de presentar.

## **Campesinos en la ciudad**

Al hacer relación al campesinado que se oferta como trabajador en el mercado urbano es necesario diferenciar aquellos que han migrado definitivamente de los que se presentan temporalmente en la ciudad. Esta primera distinción permitirá —más adelante— señalar las especificidades que la estrategia de sobrevivencia asume en cada caso, tanto respecto a los recursos disponibles como a los vínculos culturales-étnicos.

Los análisis tradicionales de la presencia laboral campesina en las urbes han partido de una visión dicotómica, que contraponen moderno-subsistencia. Se reconoce la presencia de un “excedente de población del sector tradicional” siempre dispuesto a movilizarse al sector moderno a cambio de un salario de subsistencia apenas superior al percibido en el lugar de origen.<sup>5</sup> Desde esta óptica, la demanda capitalista tendría la capacidad de crearse una oferta adecuada de fuerza de trabajo y por tanto de funcionalizar al sistema a trabajadores y grupos familiares, quienes se adecuarían a las necesidades de expansión del capital.

Se presupone además que el sector capitalista —por su propia dinámica— tiene la capacidad de absorber “ilimitadamente” a la fuerza de trabajo proveniente del campo y, a fundar su crecimiento en la posibilidad

---

5. Cf. Lewis (1973); Ramis y Fei (1972).

de contratarla con remuneraciones bajas, tomando como referencia el valor asignado a esos trabajadores en el lugar de origen.

Esta aproximación ha recibido numerosas críticas vinculadas con los procesos de segmentación de la demanda, las limitaciones derivadas de la tecnología utilizada y también con las formas de “resistencia” que presentan las poblaciones campesinas y que dan a la relación demanda/oferta un carácter dialéctico y no puramente funcional.

Otro tipo de análisis de la problemática ha centrado su atención en los mecanismos que determinan la conformación de la oferta campesina de trabajo y sus características, restando importancia a las restricciones provenientes de la demanda urbana. En este segundo caso se ignoran los cambios en las estructuras que acogen a los flujos migratorios y —por lo tanto— las adecuaciones que realiza el campesinado migrante en su estrategia de enfrentamiento a la ciudad.

En un intento de superación de estas aproximaciones parciales, se tratará —con este trabajo— de presentar tanto los aspectos concernientes a la demanda de fuerza de trabajo campesina en la ciudad, así como la dinámica de conformación de la oferta en el lugar de origen.

El acercamiento por el lado de la demanda exige tener presente el carácter segmentado y restringido de la misma. La demanda se dirige al campesinado migrante en la medida de su requerimiento de fuerza de trabajo no calificada y más aún, de fuerza de trabajo temporal. Los dos aspectos ponen de relieve que solamente algunas ramas de producción del sector moderno tienen la capacidad de absorber este tipo de mano de obra y especialmente la construcción.

Los trabajadores campesinos de bajos recursos enfrentan discontinuidades en el ciclo productivo y, la industria de la construcción enfrenta también las discontinuidades propias de su modalidad productiva, generando una demanda de trabajadores poco calificados y temporales que halla una respuesta en el campesinado migrante. En este sentido, la demanda capitalista se vincula al sector agrícola de subsistencia.

El encuentro demanda/oferta para este tipo de trabajadores ha dado lugar a la formación de “mercados particulares” ubicados en ciertos espacios de la ciudad, a donde concurren los campesinos con sus escasas herramientas y los demandantes personalmente o sobre todo a través de contra-

tistas. En Quito funcionan regularmente dos de esos mercados de contratación, donde las negociaciones del salario, tiempo de trabajo y otras más específicas, como por ejemplo la disponibilidad de lugar para dormir, se realizan verbalmente y sobre la base de la confianza.

Un aparente anonimato rodea la contratación en estos mercados, pero en realidad por las formas culturales a las que está ligado el campesinado, reaparecen y funcionan dentro de la relación capital/fuerza de trabajo los lazos de conocimiento (parentesco/compadrazgo) que se han creado por la vinculación a un origen común. Así, la mayoría de campesinos espera la llegada de un maestro o contratista “conocido” para comprometerse. El vínculo personal pasa a constituirse en válvula de seguridad frente a condiciones de contratación que, por más que provengan del sector moderno, no adquieren forma legal.

La relación que se establece a través del mercado de contratación pasa —muchas veces— a ser determinante en la trayectoria laboral del campesino. El maestro o contratista puede convertirse en un enseñante de la profesión, que facilita —en este caso— el paso de peón a albañil y quizás a “maestro de obra”. Con el contratista se establecen vínculos afectivos y también de compadrazgo, entendidos como lazos de apoyo para el futuro.

En este segmento del mercado de trabajo, donde se insertan la mayor parte de campesinos migrantes, la relación social de producción está matizada por una serie de elementos ajenos al funcionamiento típico del mercado capitalista de trabajo, como acabamos de señalar. Además de los nexos afectivos entre los contratistas —que fungen como intermediarios del capital— y los campesinos contratados, existen otras mediaciones, como por ejemplo la asignación de una vivienda, consistente generalmente en una casucha levantada en la misma obra; al ocuparla, el campesino pasa además a ser considerado “guardián” de los materiales de construcción. Por otro lado, a veces se permite que una esposa de un migrante ocupe también la casucha y realice labores de lavado/cocina para los trabajadores.

La remuneración, como expresión de esta relación social constituida de manera atípica, aparte de ser acordada verbalmente, es motivo de negociación, donde a través de un tira y afloja de parte y parte, se llega a un acuerdo. Generalmente la forma de pago es semanal, aún si el valor

contratado corresponde al jornal y es —en la mayoría de casos— inferior a los mínimos vitales oficiales, excepto para los maestros.

¿Cuáles son las razones que llevan a estos trabajadores a aceptar salarios inferiores a los establecidos por el Estado para los obreros urbanos? La respuesta hay que buscarla en los lazos con el campo y —por cierto— con actividades agrícolas de subsistencia y con un núcleo familiar que las lleva adelante, en el caso de los migrantes temporales. Para aquellos campesinos que han abandonado toda —o casi toda— labor campesina y se han dirigido a los centros urbanos para instalarse con una perspectiva más o menos permanente, el complemento del ingreso necesario a la sobrevivencia deriva esencialmente de la inserción de su familia en actividades urbanas. Y en ambos casos —migrantes temporales y definitivos— se da una restricción de las necesidades de reproducción, que se expresa en la baja calidad de la vivienda y de la alimentación. Esta última forma estratégica es más relevante entre los migrantes solteros, quienes llegan a arrendar cuartos de manera colectiva, aceptando condiciones muy precarias de habitación. La alimentación es —en general— consumida rápidamente en las calles y se reduce a pan y colas o —en el mejor de los casos— a un plato adquirido a una vendedora ambulante.

En términos macro, es esencialmente la rama de la construcción que alcanza, por sus propias características de producción, a absorber y “funcionalizar” la fuerza de trabajo campesina, vinculándose a un sector de subsistencia que rebasa el plano puramente urbano. El paso de trabajadores agrícolas a otras ramas del sector capitalista es muy bajo, mientras el movimiento estacional es del todo inexistente. Solamente en épocas de expansión otras ramas productivas dirigen su demanda al campesinado poco calificado, como ha sucedido en Quito con los pocos migrantes involucrados en actividades fabriles.

Así, un movimiento de flujo-reflujo continuo entre sector agrícola de subsistencia y sector moderno urbano se da únicamente a nivel de la industria de la construcción.

Los campesinos que no son absorbidos como peones, albañiles o maestros de obras, pasan a engrosar el “excedente” de fuerza de trabajo urbano, ocupando sea los mismos espacios que esta última, sea algunos que conservan un carácter predominantemente étnico, como la carga de

bultos en la espalda y labores de desgranado, limpieza, etc., en los mercados de distribución.

El conocimiento que —en su conjunto— van adquiriendo los flujos de migrantes conduce a que las nuevas generaciones no se propongan como objetivo laboral las actividades apenas mencionadas. Por el contrario, la venta ambulante, ha cobrado una gran importancia dentro de la experiencia histórica de desplazamiento de los grupos campesinos. El comercio es percibido como un descubrimiento y considerado como trabajo que además de permitir una cierta independencia, facilita también la inserción del núcleo familiar y —en algunos casos— da lugar a un proceso de acumulación.

Vendedores ambulantes campesinos atraviesan a pie la ciudad ofreciendo sobre todo frutas. Sin embargo, no es raro encontrar entre los más jóvenes oferentes de cassettes, mantelería, sábanas “Cannon” y otros productos industriales. Son distribuidores ambulantes de negocios instalados que reciben la mercadería en consignación a través de redes de conocimiento. También la venta de lotería ha pasado a ser un campo de interés de estos migrantes.

La experiencia acumulada en el proceso migratorio ha llevado a una minimización de la relación etnia/inserción laboral. La fuerza de trabajo campesina ha pasado siempre más a ocupar aquellos mismos espacios económicos usados por el excedente urbano de trabajadores. Entre las mujeres campesinas migrantes se ha dado un fenómeno curioso: van a emplearse en aquellos espacios diferenciados étnicamente que son menos apreciados por los hombres. Alrededor de todos los mercados de Quito crece cada vez más el número de mujeres campesinas que se ofrecen a llevar los canastos y bultos.

En los análisis más recientes sobre mercados de trabajo y sector informal urbano<sup>6</sup> se va afirmando la hipótesis que la venta ambulante constituye la puerta de entrada para las nuevas generaciones de trabajadores, sean o no migrantes. Para los campesinos la “entrada” está siempre vinculada al tipo de contactos establecidos previo el proceso migratorio. Es la red de conocimientos y parentesco la que determina la inserción del nuevo llegado.

---

6. Cf. Carbonetto (1985); Farrell (1985).

En la medida que la experiencia laboral de los nuevos se nutre de la experiencia históricamente acumulada, que pasa a ser patrimonio de una estrategia solidaria y común de sobrevivencia de los grupos campesinos ligados a un mismo lugar de origen, la proyección hacia la venta ambulante será mayor en los nuevos flujos.

La trayectoria ocupacional del migrante está en parte sujeta a los vaivenes de la demanda proveniente sobre todo de la industria de la construcción, pero depende también de la apreciación subjetiva que el campesino tenga de su trabajo y del nivel de los vínculos dejados en el lugar de origen y de los que vaya creando con la ciudad.

En relación al primer aspecto, existe una predisposición latente a cambiar de actividad cuando las condiciones en que se realiza son de dureza o de maltrato. Se da una búsqueda permanente de aquellos espacios que pueden permitir una disposición más personal del propio tiempo. Sin embargo, esta actitud varía con las generaciones. Los más viejos, conservan una perspectiva más estrecha de su horizonte laboral y se mantienen en los mercados donde prevalece la diferenciación étnica. Los más jóvenes o de más reciente migración, incursionan en los otros sectores indicados, aprovechando la ya mencionada experiencia grupal acumulada.

El ritmo de retorno al lugar de origen y, por tanto, la interrupción periódica del trabajo urbano, depende de la importancia de las labores agrícolas a ser realizadas y de los afectos dejados. El migrante retorna en las épocas de punta, sean siembras o cosechas y prolonga su estadía según los requerimientos de esas actividades. En las otras épocas, las visitas son saltuarias, limitadas al fin de semana puesto que su presencia es excedentaria respecto a las necesidades cotidianas de trabajo, que son asumidas por las mujeres, los niños y los viejos. El trabajo campesino coadyuva a la reproducción del migrante en la ciudad y —en consecuencia— entra a tener una dimensión importante en el encuentro entre el capital y esta fuerza de trabajo.

Los migrantes llamados definitivos, que han abandonado el campo como lugar de actividad productiva, continúan generalmente manteniendo lazos que adquieren una dimensión más social y que se manifiestan en ocasiones particulares tales como las fiestas religiosas, en particular las del Santo patrono de la comunidad. Estos nexos, si bien no tienen importan-

cia —o casi no la tienen— en términos de la reproducción económica, son extremadamente importantes en relación a la reproducción cultural/ideológica del campesinado en la ciudad. De hecho, condicionan la perspectiva a largo plazo de los migrantes definitivos, incitándolos a “volver” a ser campesinos. Una parte de ellos invierte sus ahorros en la compra de terrenos en la comunidad de origen. El movimiento de compra-venta en zonas de emigración, donde el recurso tierra es limitado, da lugar a una rotación de la misma entre unos campesinos que se “descampesinizan” y otros, que al cabo de años de experiencia urbana, se “recampesinizan”. En este sentido, lo que podríamos denominar como procesos de proletarización adquiere una connotación compleja.

Finalmente, hay migrantes definitivos que “sientan” raíces en la ciudad. Adquieren terrenos en barrios periféricos en formación y se establecen, pasando a constituir un puntal de referencia para muchos que se inician en la experiencia migratoria. Como todo lo perteneciente al mundo campesino, también esta decisión, a más de responder al éxito logrado en la actividad laboral, responde al surgimiento de vínculos afectivos/mágicos con la ciudad, especialmente la “presencia” de familiares muertos y enterrados en la urbe. “Acompañarlos” es un deber.

La estrategia de sobrevivencia de los migrantes definitivos pasa a ser totalmente urbana, sobre todo en los primeros tiempos. Cuando alcanzan a ahorrar un excedente de la remuneración familiar, y como ya pusimos de relieve, estos migrantes adquieren terrenos en el lugar de origen y los cultivos “al partir”, compartiendo el beneficio con algún pariente/conocido y, al cabo de un tiempo, la estrategia vuelve a tener carácter mixto.

## **Campesinos en el campo**

La oferta de fuerza de trabajo a la que hemos hecho alusión se conforma en el campo, en comunidades que mantienen sus tradiciones, arraigos y costumbres, pero que se ven sometidas como conjunto social a una serie de presiones endógenas y exógenas,<sup>7</sup> frutos de un proceso histórico, de despojamiento y de la “presencia” de la modernización en el mundo campesino.

---

7. Cf. Farrell (1981).

Presiones endógenas, generadas por la relación entre tierra y población. La historia de relegamiento de las poblaciones campesinas ha significado una reducción de la disponibilidad del recurso tierra. Al mismo tiempo, las tasas de crecimiento de la población son altas y superiores a las registradas en las áreas urbanas. Así se explica la formación de una población excedentaria que aparece como tal al transformarse en migrante. Por el vínculo directo entre tierra y reproducción, dicha población no sólo se manifiesta como excedentaria respecto a los medios de producción sino también en relación a los bienes producidos. La situación se agudiza por el tradicional sistema de transferencia de la tierra de padres a hijos, lo que da lugar a continua atomización de las parcelas.

Presiones exógenas, provienen de las modalidades moderno/industriales de producción y consumo. El mundo urbano penetra el mundo campesino, obligando a transformaciones en las formas tradicionales. Los bienes de propia producción son sustituidos paulatinamente por productos industriales. La chompa sustituye el poncho; pantalones y camisas sintéticos, de colores brillantes reemplazan aquellos blancos de liencillo; la gorra al sombrero y las zapatillas de caucho a las alpargatas de sogá y tejido. Fideos y arroz han entrado en la dieta, coca-cola y otras sodas son bebidas de uso corriente.

Como consecuencia de estos dos tipos de presiones se crea una tensión entre la capacidad de producción y las necesidades de consumo y la migración se presenta como la única respuesta posible a este desfase.

Los flujos de migrantes temporales están integrados esencialmente por hombres, jefes de familia o hijos. Mientras la tierra sea un recurso significativo desde el punto de vista de la producción, ese tipo de migrantes se mantienen como tal y su familia se encarga de las labores agrícolas y de pastoreo. El o los hombres de la familia retornan en los momentos de mayor necesidad. No sólo prestan su ayuda sino también aportan parte del dinero obtenido en la ciudad. La migración definitiva es del jefe de familia en los primeros tiempos. Luego se traslada su familia o, si son solteros, regresan a su comunidad a “buscar mujer” que luego lo acompaña a la ciudad.

Por otro lado, y según la perspectiva grupal de los campesinos, migran los más audaces, los más “despiertos”.<sup>8</sup>

---

8. Cf. Carrasco (1985).

Migrar es sinónimo de viveza y es parte importante en el status que más tarde le concede la comunidad.

Si la migración aleja al campesino de su comunidad de origen, de otra parte, le confiere un rol privilegiado. El migrante se convierte en ejemplo y motivo de incentivo para los jóvenes que aún no han salido. Influencia la vida social y sus manifestaciones más importantes. Sea temporal o definitivo, el migrante presencia y participa en los eventos festivos. Estos vínculos afectivos y comunitarios ayudan al migrante a conservar y desarrollar una identidad social que desaparece y, aún más, es menospreciada en la ciudad.

La importancia del migrante deriva de la primacía que lo “urbano” adquiere a nivel campesino. En las comunidades impera una ideología “civilizadora”, con un amplio contenido étnico que tiende a sobrevalorar la ciudad, lo industrial, asociándolo a lo “civilizado” en contraposición a lo campesino, a la tierra que se asocia a lo “natural”. Migrar a la ciudad es ir a la civilización.<sup>9</sup>

La migración campesina es pues un “éxodo sin ausencia”, puesto que los lazos se mantienen a pesar de la distancia y que el retorno —aunque sea esporádico— constituye el momento de consolidación de un prestigio.

Es en la comunidad donde se encuentra el estímulo para migrar. Los que van llegando traen noticias sobre nuevos trabajos para aquellos que ya están en edad o condiciones de salir. Es en la comunidad donde se arma la red de contactos y afectos que permite ubicarse en la ciudad.

Se quedan las mujeres y los niños, cuando la parcela y sus labores tienen significación en la formación del fondo de consumo familiar. Cargan con la cotidianidad campesina y apoyan al “ausente”, mandándole parte de la producción propia, sea cruda o preparada a su manera. En la ciudad el migrante consume maíz y habas tostadas, harinas y otros granos que son fruto del trabajo de su familia.

Se quedan también los viejos. Algunos luego de un largo historial de migración regresan a morir en su lugar de origen. Y finalmente, se quedan los menos audaces, aquellos que no alcanzan a romper con la tierra, con su ser totalmente campesino. La comunidad es el espacio de reproducción

---

9. Cf. Carrasco (1985).

ideológica del campesino, aún cuando pierda su significación en la reproducción económica.

## **Algunas conclusiones**

El mercado de trabajo, como otras categorías económicas, debe ser entendido como un espacio dialéctico, de encuentro de grupos, clases y tensiones históricamente generadas. Dentro de esta concepción el trabajador se ubica en un contexto de pertenencia y no como individuo aislado. Se rescata no sólo su origen de clase sino también cultural y familiar. Sólo en esta perspectiva se puede entender que la participación individual en el mercado de trabajo esté ligada a una estrategia familiar de organización de la reproducción.

La vinculación trabajador/familia tiene una doble consecuencia: permite que el primero acepte condiciones salariales inferiores a las necesarias para cubrir las exigencias de reproducción y, obliga al núcleo familiar a desplegar actividades que conduzcan a obtener una remuneración adicional para complementar el fondo de consumo.

Así, la familia entra en el conflicto capital/trabajo no sólo porque asume las tareas domésticas sino porque además asume labores que generan ingresos.

En economías heterogéneas, y con mercados segmentados, la estrategia familiar consiste en diversificar su actividad en los distintos espacios que componen la estructura económica y así, estos trabajadores no se tornan directamente competitivos entre sí.

Cuando se hace alusión a la oferta urbana de fuerza de trabajo, ésta puede estar ligada a una estrategia puramente urbana de reproducción o, como sucede en el caso de migrantes campesinos, rebasar el plano de la ciudad.

El proceso de formación de flujos migratorios campesinos tiene raíces históricas y estructurales. Sin embargo no se puede simplemente atribuir este fenómeno a una capacidad de “funcionalización” al mundo moderno de los trabajadores “excedentarios” del campo.

En primer lugar, solamente algunos sectores industriales tienen la posibilidad de absorber a esa mano de obra, y en especial la construcción

que —por su propia modalidad productiva— puede crear relaciones con una fuerza de trabajo temporal. La llamada funcionalidad —en este caso—, encuentra sus límites en las exigencias mismas que otros sectores productivos imponen a la fuerza de trabajo.

En segundo lugar, los migrantes coadyuvan, a través del ahorro de una parte de la remuneración, a la viabilidad de sus economías de origen y mantienen mecanismos de resistencia.

Una parte del campesinado migrante pasa a engrosar el excedente urbano de fuerza de trabajo. Sin embargo, algunas ocupaciones por cuenta propia son vistas como una alternativa valiosa por estos trabajadores, sobre todo en la medida que permiten una autogestión del tiempo.

La migración además de ser parte de una estrategia familiar, es también parte de una estrategia comunitaria-campesina de reproducción. Unos salen para que otros sigan siendo campesinos en el sentido literal del término; a su vez, la comunidad sigue siendo el eje de referencia ideológico de aquellos que están lejos y que, en la ciudad, ven ensombrecida su identidad étnica y cultural.